

VENENO DE MUJER

JOSÉ DE CORA y ÓSCAR SORIANO

VENENO DE MUJER

Asesinas y sus ponzoñas

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Imagen de la cubierta: Crítico selectivo para colorear manzanas.
Frente: hdfondos.eu

Primera edición: febrero de 2021

© José de Cora y Óscar Soriano, 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-2753-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 22087-2020

Impreso en España

Índice

Introducción.	11
1. Muestrario de envenenadoras.	25
2. Pinceladas históricas sobre mujeres y venenos	397
3. Muestrario de venenos.	415
Bibliografía y hemerografía	459

«Mujer divina. Tienes el veneno que fascina en tu mirar».

Agustín Lara

Introducción

Una envenenadora no es una asesina.

Ni siquiera una asesina que mata con veneno.

Hablamos de un tercer tipo de delincuente. Ni asesina, ni criminal que elimina congéneres mediante ponzoñas, sino envenenadora.

Ésa es la tesis que aquí se esgrime mediante una sucesión de casos que tratan de avalarla con el modesto ánimo de rebatir afirmaciones vulgares que se repiten sin criterio al conversar sobre ellas por medio de una información al alcance de todos.

«Virus», «tóxico», «ponzoña» y «veneno» son palabras sinónimas en su origen, aunque el tiempo da a cada una su particular significado y la hace específica. En 2018, *Oxford Dictionaries* decide que el término de ese año es «tóxico», y en 2019 aparece la covid-19, ese coronavirus convertido en la pandemia moderna. El concepto veneno es de interés general, y aquí lo abordamos en uno de sus aspectos: cuando es manipulado por mujeres.

La mujer-veneno no es sólo una sugerencia que serviría para crear un personaje imaginario, temible y poderoso que se codea con los que pueblan la fantasía de los X-Men, sino una denominación exacta de un género de asesinas en la antigua India, las *Visha Kanyas* (jovencitas deletéreas / doncellas del veneno, según el sánscrito), cuya existencia se asegura en textos de diferentes épocas que desmienten su mera presencia fantástica.

Las *Visha Kanyas*, tal como hoy se entienden, son el resultado de un proceso de fabricación, gracias al cual se dota al cuerpo de la mujer de un arma que es capaz de causar la muerte con su saliva, el flujo va-

ginal o la lubricación; esto es, un instrumento criminal capaz de sortear cualquier sistema de inspección o vigilancia. Basta que el elegido tenga con ella íntimos contactos para ser su víctima, para debilitarse hasta extremos de vulnerabilidad o para morir, porque la mujer-veneno es a la vez un tóxico. A tal fin se eligen las jóvenes más atractivas y sugerentes, ya que los escenarios de sus ataques van a ser las alcobas de los enemigos.

En la etimología de Dalila, la vencedora de Sansón, viaja camuflado ese mismo concepto, pues el nombre Dalila contiene la raíz *dal* de «débil», para significar «la que debilita», «la que empobrece», «la que envenena». Aunque, en el relato bíblico del *Libro de los Jueces* no aparece como envenenadora, los efectos de la filisteo sobre el héroe son similares a los de una ponzoña. No distinguiremos en el libro la diferencia semántica entre «ponzoña» —lo que se ingiere— y «veneno» —lo que se inyecta—, por considerarlo, en todo caso, un criterio exclusivamente científico para la clasificación de animales por su forma de contagiar.

Esa mujer-veneno de la que se habla con justo miedo y atractivo fatal es la que nos sirve para iniciar el recorrido, no para localizar hoy mujeres de estas características, sino a sus herederas, auténticas dueñas de un cuerpo tan dañino como el suyo, las «*lady ponzoña*» que brotan en condiciones favorables como setas teñidas de vivos colores para engañar a incautos e ilusos que en la mayoría de las ocasiones no cometen otro pecado salvo el de estar ahí.

La ingesta gradual de veneno es el camino que sigue el mitridatismo en busca de la inmunidad, de acuerdo con los consejos y el ejemplo de Mitrídates VI, rey de Ponto. Un método apuntalado por la ley universal de los venenos que establece Paracelso: nada es veneno, todo es veneno; la diferencia radica en la dosis. Rasputin fue un fiel epígono del rey, pues consigue ser inmune al cianuro después de consumirlo en dosis mitridáticas.

La hija de Rappaccini (*Rappaccini's Daughter*) es un relato del escritor norteamericano Nathaniel Hawthorne (1804-1894), publicado previamente en la revista *The United States Magazine and Democratic Review* (diciembre de 1844), y luego reeditado en la antología de 1846: *Musgos de la vieja rectoría* (*Mosses from an Old Manse*).

La hija de Rappaccini retoma la historia del científico loco Giacomo Rappaccini, afanado en cultivar plantas venenosas en su jardín. Mientras lleva a cabo su proyecto, desarrolla otro, mucho más original: conseguir que su hija Beatrice sea resistente a los tóxicos que él cultiva, aunque el proceso la convierta en vírica para los demás; es decir, el botánico trata de que su hija sea una nueva *Visha Kanya*, pero más cercana al concepto de una persona infectada de coronavirus.

Octavio Paz se encarga de prolongar la historia en una versión teatral que se representa el 31 de julio de 1956 en el Teatro del Caballito de México con igual título, *La hija de Rappaccini*, la muchacha venenosa del botánico loco.

Hawthorne bebe del *Mudra Rakshasa* (*El sello del anillo de Rakshasa*), firmado por Vishakadatta, un poeta del siglo IX que relata el enfrentamiento entre dos hombres a cada cual más poderoso. Uno le ofrece al otro una hermosa muchacha alimentada con tóxicos, que resultará letal para quien mantenga relaciones sexuales con ella.

En los *puranas* también se recoge esa figura. Uno de los ejemplos es Sulochana, una mujer-veneno de la que habla el *Kalki Purana*. De los escritos indios pasa al compendio de los *Gesta Romanorum* y, mucho más tarde, a *La Anatomía de la Melancolía*, del s. XVII, donde el clérigo Robert Burton cita como un hecho histórico el regalo que le hace el rey indio Poros a Alejandro Magno; esto es, una hermosa joven alimentada con acónito, que puede acabar con él a través de un encuentro carnal. La historia es rebotada de nuevo por Thomas Browne, y de él la recoge con toda probabilidad Hawthorne.

La joven Rappaccini, que es como hoy se conoce al personaje, supera en todos los sentidos las consideraciones que el penalista italiano Giovanni Battista Impallomeni (1846-1907) realiza sobre las ventajas de los virus como armas criminales. Impallomeni afirma que cualquier pócima «se oculta fácil, tiene escaso volumen, se adquiere de un modo anónimo y sin esfuerzo, no implica un desembolso económico importante, mata de pronto y ahorra el derramamiento de sangre». En efecto, pero además a Rappaccini le sobran frascos, ampollas o papelinas, porque ella es el recipiente.

Una versión más atenuada y realista sobre los poderes de las *Visha Kanyas* incide en presentarlas como atractivas mujeres educadas en las

artes de la seducción, pero con más fe en la fuerza de los humores extracorpóreos que en sus propios flujos. Se los administrarían a sus víctimas ocultos en vinos y espirituosos, bien arropados de sabores fuertes, o en comidas apropiadas que los hagan indetectables. Un tercer tipo de mujer mezcla la niña-vírica, capaz de causar la muerte por sí misma, y la envenenadora, que dispone de un tóxico ajeno. En este nuevo tipo coinciden características de ambas, es decir, jóvenes con un alto grado de inmunidad al veneno que les permite manipularlo sin riesgos, y con la ayuda de una escarcela de polvos amarillos de la que echan mano, si de matar se trata.

Una *Visha Kanya* más próxima en el tiempo es la muchacha de la Campania italiana que ocasiona la muerte al rey Ladislao I de Nápoles después de que el monarca le practique un *cunnilingus*, sin saber que la joven esconde en su vulva sustancias letales. La intención de la muchacha y la de su padre, que la convierte de la noche a la mañana en una *Visha Kanya*, no es envenenar al rey, sino embrujarlo para que se case con la joven. Pero los dos fracasan en su objetivo. Otro prototipo de mujer ponzoña es Mary Mallon, Mary la Tifoidea, portadora sana de los patógenos asociados con esa fiebre *Typhusbazillenträgerin* (*Salmonella Typhi* y *Salmonella Paratyphi* A y B), a la que se le achacan cincuenta y tres infecciones y tres muertes. El virus —bacteria en este caso— forma parte de su cuerpo sin ninguna manipulación para conseguirlo, pues se lo transmite su madre desde el embarazo.

La literatura refleja casos de tóxicas en todas las escalas, hasta el punto de ser habitual que un personaje fijo de muchas representaciones teatrales del siglo XIX y principios del XX sea «la envenenadora», prototipo de la bruja de otras épocas, pues con ella se consigue impactar al espectador y posibilita que los actores simulen muertes muy desgarradoras y efectistas, retorcidos de retortijones imposibles sobre el escenario, aunque nunca tan patéticos como los de la vida real.

Este libro parte de la propia concepción de las *Visha Kanyas*, no tanto por defender que sea posible crear una mujer-ponzoña, que no es descartable por la ciencia, sino por establecer una categoría de asesina que no tiene parangón en el otro sexo, ni siquiera entre las otras asesinas cuando se concitan las circunstancias que se irán exponiendo.

Hablamos de la envenenadora como asesina singular, cuyas notas características la separan del resto de criminales, aunque también compartan otras que son afines. Y, para evitar cuanto antes que nadie, salvo las propias envenenadoras, se sienta ofendido, recalcaremos que no se señala a la mujer, sino a la delincuente; como los violadores no son los hombres, sino aquellos que violan.

En su propia etimología, el veneno (*venesmon*), nos informa que es un instrumento de Venus para alcanzar el amor. En su desarrollo lingüístico arrastra conceptos ambivalentes. Lo venífico no siempre reporta sólo efectos benéficos, sino también la muerte. Ocurre como con los preparados de Helena, nacida de Zeus, unas veces son mortales, y otras, saludables.

Cierto es que nunca como hasta nuestros días se aquilataron tanto las palabras y que algunos de los más grandes escritores y pensadores lanzaron muchas veces sus ideas con notable ligereza a vista de hoy. Por ejemplo, el propio Cervantes no tuvo empacho en escribir que «la cólera en la mujer no tiene límites», como si en ella radicase un grado de maldad mayor que en el hombre por el mero hecho de ser mujer. Juvenal también se deja arrastrar por el camino de la exageración cuando las define como vengativas: «Nadie experimenta más placer en su venganza que la mujer». Y, si nos acercamos al campo del que trata esta colección de mujeres, la palma se la lleva san Gregorio, por ser autor de una frase capaz de suscitar agravios: «La mujer posee el veneno del áspid y la malicia del mono». Durante siglos la dicotomía mujer/veneno está presente en moralistas y en la cultura popular, por lo que es frecuente tropezar con pensamientos similares a los de san Gregorio, o con dichos populares como el que asegura que «la mujer es una aberración de la naturaleza, un asqueroso sapo que destila veneno por todos sus poros».

Por echar una mano al santo y profundizar en la intención que nos anima, estaríamos dispuestos a considerarlo un juicio acertado si lo hubiese expresado con las debidas salvedades al género femenino; es decir, a la gran mayoría de mujeres que en la historia han estado, están y estarán por completo alejadas de los tósigos y de sus maldades. ¿Quiso decir san Gregorio que toda mujer es una *Visha Kanya* en potencia? No le arrendamos la ganancia.

Es muy tentador afirmar que entre los criminales masculinos está más presente el sadismo que entre los femeninos, pero es un juicio apresurado y erróneo, si interpretamos sadismo como el grado de disfrute con el sufrimiento ajeno, pues basta con oír cómo se expresan las envenenadoras al describir sus emociones asesinas para dudar de la afirmación. Sólo tendría sentido si el sadismo se midiese por la cantidad de litros de sangre expulsados por las víctimas y, en consecuencia, aumentase en una secuencia aritmética. A más litros de hemoglobina, mayor sadismo. Es cierto que un asesino varón puede dejar el escenario de sus crímenes teñido de sangre bermeja con mayor probabilidad que su homóloga femenina. Pero ¿basta el bermellón para averiguar quién de los dos disfruta más repartiendo muerte?

El editor de *Desconocida Misandria*, una de las páginas web especializada en mujeres asesinas, afirma que las sociópatas femeninas no son menos depravadas que sus homólogos masculinos. «Como regla general, sin embargo, la penetración brutal no es lo que las enciende. Su entusiasmo no proviene de violar los cuerpos de extraños con objetos fálicos, sino de una parodia grotesca y sádica de la intimidad y el amor: de poner la medicina envenenada en la boca de un paciente confiado, por ejemplo; o de asfixiar a un niño dormido en su cama. En resumen, de convertir con ternura a un amigo, familiar o dependiente, en un cadáver».

Es fácil encontrar opiniones que definen el delito de envenenamiento como un crimen propio de mujer. Se lee entre juristas, psicólogos, criminólogos y tertulianos no técnicos. Todos parecen estar de acuerdo en que la debilidad femenina no compagina bien con los estrangulamientos, los apuñalamientos o el cuerpo a cuerpo. Nada que objetar. Al margen de aquellas mujeres que doblan en volumen a sus víctimas o aquellas otras que les arrancan las orejas a mordiscos, la estadística va a tumbar cualquier intento por defender lo contrario, y sin embargo algunos nos resistimos a admitirlo como un categórico kantiano. Sí, la mujer puede tener menos fuerza por término medio, pero ¿para qué están las pistolas, las hachas o los morteros?

Martina Cole, una de las autoras de novela negra más populares hoy en Gran Bretaña, defiende que no existen grandes diferencias entre los asesinos en serie masculinos y femeninos, aunque admite un matiz en la

comparación: «Creo que las mujeres se han salido con la suya durante mucho más tiempo».

Es posible que ustedes también piensen que no hay diferencias. Les retamos a que lo repitan una vez finalizada la lectura de este libro, porque les asombrará descubrir cuán equivocados estaban.

Nuestra intención no sólo es poner en tela de juicio esa idea común, sino abrir las puertas a considerar que la mujer tóxica constituye una categoría aparte dentro del concepto de «asesina» y que además no tiene parangón en el mundo masculino, como ya se ha dicho; de la misma forma que algunos homicidas varones no tienen su correspondiente reflejo entre las mujeres, como son los asesinos en masa y francotiradores.

Trataremos de hacer el camino liviano, porque las pruebas son numerosas.

Conocida la eficacia de los venenos para producir la muerte, se comprende que la sociedad los utilice para conseguir tres finalidades bien diferenciadas: borrar de la faz de la tierra al enemigo o al rival molesto; ponerlo a disposición de la justicia para la ejecución de las máximas penas y disponer de él cuando se persigue la propia muerte. Asesinato, ejecución y suicidio. Nuestro interés se va a centrar en el primero, y sólo cuando es la mujer quien lo maneja. ¿Lo hace de forma diferente al hombre? Dejaremos que sea el propio lector quien responda al final.

Uno de los aspectos más sobresalientes de los venenos es su inicial consideración semidivina. Es casi un privilegio, y como tal corresponde a la clase dominante aprovecharse de sus ventajas y ocultar a los sometidos que conozcan los secretos de un arma tan curiosa y poderosa. Es decir, es bueno mantenerlo en el secreto, tanto porque sus efectos pueden achacarse a una enfermedad, como porque permite al asesino estar cerca o lejos de su víctima en el momento de su deseada muerte.

Carácter divino por el misterio que encierra su acción sobre el cuerpo, capa de secretismo y enigma que favorece su uso y privilegio de quienes los sepan manipular frente a los ignaros. Era muy difícil mantener estas tres características sempiternas, pero algo de cada una de ellas permanece a través de los siglos para dotar a los venenos de su fatal atractivo, como el de las serpientes que subyugan irremisibles a sus víctimas

para ser devoradas, como el de algunas envenenadoras que inician su caza con un ritual de seducción muy semejante.

No obstante, el veneno llega a manos de todos y sólo es necesario solicitarlo en la droguería de la esquina cuando se extienden y popularizan los raticidas, los matahormigas u otros que combaten las plagas del campo; porque su inventor no tiene la precaución de fabricarlos inocuos para el hombre, que resulta tener un organismo tan vulnerable a esas sustancias como la propia rata. Todo es cuestión de dosis.

Tito Livio nos pone sobre una pista que más adelante vamos a ver plenamente desarrollada: «Un gran número de muertes súbitas, todas ellas acaecidas con los mismos síntomas, ocasionan el pánico entre la sociedad romana; nadie sabe a qué atribuir las defunciones, que se suceden con gran frecuencia, hasta que un esclavo denuncia el complot formado por veinte matronas que se dedican a componer bebidas envenenadas para deshacerse de aquellos que las molestan o de quienes pretenden heredar».

Las notas más interesantes de este texto se refieren a la iniciativa de las mujeres para agruparse y envenenar, creando así lo que pudo haber sido una de las primeras sociedades documentadas de envenenadoras, aunque ni por asomo es la primera, pues constituyen contubernios mucho más antiguos y más abundantes.

Otro apunte de sumo interés que nos transmite Tito Livio es cuando dice que «se dedican a componer bebidas envenenadas» o, dicho de otra forma, que son ellas las que preparan las pócimas, sin que se nos diga qué grado de especialización y técnicas tienen, aunque es de creer en la existencia de una o dos sabias, que están en el conocimiento de las plantas y los animales, y de dieciocho discípulas, ansiosas por aprender.

Dos consideraciones más. La finalidad de todo esto es deshacerse de los molestos o de quienes pretendían heredar. Dada la redacción del historiador, podría parecer que se trata de dos grupos de personas diferentes, pero si lo interpretamos así estaríamos cayendo en un grave error, pues unos y otros son los mismos: sus maridos.

Los maridos son los únicos que en realidad molestan, porque son los que están al lado y los únicos a los que se les puede administrar un tóxico. También son los únicos de los que se puede heredar, a excepción

de los padres, suegros, cuñados, hermanos e hijos, que por supuesto comparten con ellos los puestos destacados en el *ranking* de víctimas de las envenenadoras. Bastaría añadir a esa lista novios y amantes.

Estas notas –sociedad femenina frente a los hombres o misandria; elaboración de venenos, o artesanía, y maridos o/y familiares como víctimas principales en pos de dinero, amor o sexo– serán constantes a lo largo de los siglos.

Las mujeres denunciadas por el esclavo, según Tito Livio, se defienden diciendo que sus bebedizos no son mortíferos ni ponzoñosos, sino medicinales y curativos. La prueba de su inocencia está cantada y las culpables, perdidas sin remedio. Los jueces les dicen a las mujeres: «Bébanse entonces las pócimas que les hemos encontrado».

Las beben y ni una sola se libra de la muerte. Muy al contrario, en los estertores previos, algunas matronas confiesan los nombres de sus cómplices, lo que destapa otra red de beneficiarios que alcanza a setenta patricios.

Como verán en las páginas que siguen, la envenenadora:

- Se inicia muy joven en el uso de los tóxicos.
- Es egoísta.
- Nada le causa empatía; al contrario, la proximidad familiar es un factor de riesgo estando a su lado.
- Es rencorosa y vengativa. No sabe perdonar ni olvida.
- Ansía estar cerca de sus víctimas en sus agonías.
- Aparenta cuidarlas.
- Disfruta con el sufrimiento ajeno.
- Se siente atraída por los funerales, los ritos mortuorios, los cementerios y los propios cadáveres.
- Fanfarronea de saber el día y la hora de cada muerte, aunque sólo acierta si son sus víctimas.
- Suele ser vaga y codiciosa, aunque no son características indispensables.
- Considera los venenos como una prolongación de su propio cuerpo.
- Quiere tenerlos a mano aunque no piense usarlos en breve.

– Se desplaza con ellos, los abraza e incluso duerme al lado de los envases, lo cual le da fuerza y seguridad en sí misma.

– No necesita motivos de enjundia para acordar la muerte de alguien, pero sus víctimas suelen pertenecer a su entorno.

– En ciertos casos, oye voces dentro de sí que le ordenan usar las pócimas.

– Espera a que se presente un cuadro clínico de enfermedad que enmascare la acción de su veneno. No se impacienta ni precipita.

– Busca víctimas masculinas, aunque muchas no son excluyentes.

– Carece del sentimiento de culpa y rara vez se arrepiente.

– Si nadie la detiene, volverá a intentarlo hasta su muerte.

Los investigadores Michael Kelleher y su esposa, C. Kelleher, clasifican a las asesinas en nueve categorías: viudas negras, ángeles de la muerte, depredadora sexual, asesina por venganza, asesina por lucro o provecho, asesina en grupo, asesina con trastorno mental y dos tipos de asesinas que forman parte de los casos de homicidios inexplicables o que no entran en ninguna de las categorías mencionadas. Ciñéndonos a las envenenadoras, para este libro hemos considerado oportuno aumentar las siguientes categorías: tóxicas precoces, dueñas de los secretos, *Angel makers* / fabricantes de ángeles, *Dies irae*, *Amour fou*, *Femme fatal* / vampirismo, envidia malsana, pasión enfermiza, misandria y eutanasia paliativa. Parece prescindible la existencia de una categoría que abarque a las «asesinas con trastorno mental» en el entendimiento de que todas lo son en mayor o menor medida y, en todo caso, las informaciones de prensa en las que basamos buena parte de los perfiles no nos permiten un diagnóstico determinante en ese sentido, ni somos quiénes para hacerlo. En algunos casos, se sugiere la posible presencia de un síndrome o complejo si los datos obtenidos lo permiten.

Como su propio nombre indica, en tóxicas precoces se incluyen aquellas mujeres que debutan como envenenadoras antes de cumplir los dieciocho años, porque alguna circunstancia de su vida rompe la barrera de autocensura que nos previene contra la propia maldad humana, según el dictamen psiquiátrico de una de las jóvenes. Sorprenderá co-

nocer el caso de envenenadoras en plena infancia. Hay en ellas cierta tendencia a elegir sus víctimas entre otros niños.

Las dueñas de los secretos son aquellas que la tradición tilda de brujas o curanderas. Mujeres con conocimientos sobre plantas y animales que utilizan el veneno en acciones directas o que lo venden —sobre todo, a otras mujeres— para sus necesidades criminales.

Las viudas negras señalan sus objetivos entre sus maridos, sus parejas ocasionales o sus amantes. Lo hacen para verse libres y emprender nuevas relaciones o para beneficiarse de herencias, casi siempre en una secuencia sin solución de continuidad.

Los ángeles de la muerte son médicos, enfermeras o cuidadoras que acaban con la vida de quienes tienen a su cargo por diversas razones, que van desde el puro sadismo al placer de sentirse semidioses, dueños y administradores de las vidas; pero también se registran otras causas, como traumas personales, aliviar sufrimientos o eutanasia no solicitada, beneficio económico, desahogo de trabajo, liberar espacio en los hospitales y otros. Suelen enmascarar los venenos mediante supuestas inyecciones terapéuticas, ahogamientos, suspensión de respiración asistida y otros métodos difíciles de detectar.

Las fabricantes de ángeles constituyen una plaga que hoy se puede dar por erradicada y cuyos resquicios se albergan entre las envenenadoras de la anterior categoría. Están relacionadas con las granjas para niños, iniciadas en la época victoriana para acoger hijos de soltera o no deseados que son masacrados cuando estas granjas eran regentadas por auténticos monstruos humanos. Hubo casos en Inglaterra, Australia, EE UU y toda la franja central europea, desde Francia a los Balcanes. Quizá sea esta categoría la que arroje una mayor cantidad de víctimas, miles de niños y niñas menores de seis años.

La depredadora sexual actúa en homenaje a fantasías personales o venganzas con motivaciones de placer carnal, en su origen o en su finalidad. Una parte pertenece también a la categoría de vengadoras, que utilizan el veneno para compensarse por algún agravio de personas de su entorno que consideran perjudiciales. En el terreno de los arrebatos amorosos se distingue el tipo *femme fatal* o vampira, que los provoca entre hombres o mujeres para acabar con ellos, como haría un vampiro con

la sangre de sus alimentadores; o el *amour fou*, que se genera en la propia envenenadora y que destruye cuanto encuentra a su paso si no consigue realizar sus propósitos amorosos.

En torno a la codicia se forma un numeroso grupo que sólo se mueve por afán de dinero. Sus víctimas son familiares en primer grado, cuya muerte les puede beneficiar por ser herederas directas o porque contratan seguros *ad hoc*.

La misandria —el odio al hombre en general, no a uno determinado, con o sin razones— motiva la aparición de sindicatos de envenenadoras que se procuran dotar de tósigos para liquidarlos. Aunque en tono menor, sorprende que un autor teatral como Luis Alonso Preciado estrene en el Madrid de 1930 un melodrama como *De mujer... sólo el nombre*, donde se describe a una envenenadora con odios misándricos poco habituales en la España de esos años.

El relato de los casos elegidos se completa con un estudio sistemático sobre los venenos existentes y un breve anecdotario histórico de la mujer y el veneno.

Los actuales criminólogos afirman que los investigadores se equivocan en un porcentaje mucho mayor a la hora de considerar víctimas accidentales y no fruto de un crimen si el autor del mismo es una mujer y no un hombre. Dicho de otra forma, muchas envenenadoras jamás son perseguidas y sólo conocemos a las que rinden cuentas ante la justicia. ¿Qué porcentaje representa del total? Imposible arriesgar una cifra.

Más fácil de rebatir es pensar que el dinero es una motivación para las envenenadoras seriales. Aunque aparezca en muchos casos, a su lado existe un entramado psicológico de filias, fobias, histerismos, psicopatías, síndromes y complejos muy vasto e intrincado.

El especialista en asesinatos en serie Harold Schechter escribe: «En realidad, sólo hay una razón por la cual una mujer mataría a las personas de su entorno, una a una, a lo largo de los años, de una manera que les garantice sufrimientos: y es que le complace hacerlo». Ésta es una terrible realidad que no se evita tapándonos los ojos. El placer morboso está en la naturaleza de las envenenadoras. Si su mente se trastorna, el papel de madres y dadoras de vida origina el opuesto, que es consecuencia de un absoluto deterioro mental, como dadoras de muerte.

Cesare Lombroso, pionero de la criminología moderna, establece una suposición similar, según la cual las mujeres delincuentes son más propensas a los delitos durante su periodo menstrual. No tiene confirmación científica, pero ya Hipócrates relaciona delirios y alucinaciones con la psicosis puerperal, y en el XIX se rescata el concepto de locura puerperal relacionada con los delitos, aunque se interprete como un estigma.

J. de C. y O. S.

Capítulo 1

Muestrario de envenenadoras

Inspiradas por Nerón

Parejas diabólicas

Elizabeth Parry y Betty Branch (Inglaterra, 1740)

El padre de Elizabeth Parry, nacida en Bristol (Somerset) en el año 1672, es un pudiente cirujano que se permite dotar a la chica con dos mil libras para casarla con el agricultor Benjamin Branch. Su hija esconde bajo la piel un inagotable filón de violencia que a veces aflora, por eso la dota con largueza, a ver si evita que Benjamin se vuelva atrás.

Lo consigue, y cuando su hija Betty ya es una pimpolla, Elizabeth le inculca toda suerte de torturas para con los animales domésticos, inspirándose en las atroces hazañas del romano Nerón, ciertas o inventadas, que se leen en los folletines.

Tras la muerte de Benjamin, las acciones violentas de las dos mujeres se incrementan con palizas a los criados y otras crueldades sin fin que superan a las de Nerón en ingenio criminal y sadismo. Elizabeth envenena a siete personas y mata a cinco de ellas. Para lograrlo, se vale de *pudding* con arsénico, sumamente cáustico y deshidratante.

Benjamin Branch muere en circunstancias que levantan sospechas entre sus vecinos menos avisados. Ha comido el *pudding* letal de su mujer, a la que ya le achacan también la muerte de su madre, cuyo cuerpo sin vida ahorca para simular un suicidio y evitar así que se investigue. En un pozo inmediato a su granja existen huesos humanos que se creen pertenecientes al esqueleto de una sirvienta desaparecida sin dejar rastro. Con esa fama es difícil que ninguna muchacha de los alrededores quiera trabajar para la viuda Branch y su perversa hija. Por eso las dos muje-

res van hasta Bristol, donde contratan a Jane Butterfield, de apenas doce años. Antes de llegar a su casa, las dos arpías inician un buen surtido de golpes y palizas contra la chiquilla.

En febrero de 1740, Elizabeth envía a Jane a un recado en una granja vecina. A su regreso, madre e hija están furiosas como vampiras sedientas porque, dicen, Jane tarda demasiado. Caen sobre la niña para saciarse de sangre durante siete horas de tortura hasta matarla. Luego la entierran en secreto. La otra criada de las Branch, Anne James, presencia el asesinato y es obligada a acostarse con ambas en la cama.

El caso desemboca en un suceso extraordinario, pues varias personas afirman que una luz espectral ilumina la tumba de la niña masacrada, como una segunda Compostela que señala el martirio. Esta manifestación sobrenatural confirma las sospechas de los vecinos, y cuando el cuerpo es retirado con la complicidad de la noche, el cirujano Salmon descubre la brutalidad de los leñazos sobre su carne macerada.

Se abre proceso contra la pareja diabólica, pero la madre soborna a miembros del jurado indignos de serlo, y la vista tiene que retrasarse hasta que sean reemplazados aquellos felones. El juicio se prolonga más de seis horas y, tras breve consulta sin necesidad de deliberación, el jurado anuncia su veredicto de culpabilidad.

La señora Branch no se inmuta, aunque mientras testifica lanza varias patadas contra Mary Vigor, una de las testigos de cargo. Al oír la sentencia de muerte, protesta por el cambio del jurado, pues si las juzgase el primero no serían condenadas. Nadie lo duda.

Todos sus criados y los vecinos dan testimonio de las torturas que les infligen, incluido un niño obligado a comer su propio excremento. El informe médico incluye tales atrocidades que el jurado no es capaz de almorzar ese día. Lo que más les impresiona es oír que Jane se queda sin carne en sus dedos, con los tendones a la vista.

De acuerdo con la sentencia del Somerset Assizes, Elizabeth, de sesenta y siete años, y Betty, de veinticuatro, son ahorcadas en Ilchester el 3 de mayo.

La vieja del vinagre
Giovanna Bonanno (Italia, 1788)

Dueñas de los secretos

Walt Disney se inspira en esta italiana cuando imagina la transformación de la malvada reina de Blancanieves. Y, si no lo hizo, debería. De hecho, existe en Palermo una terracota de Giovanni Matera que la representa y que refleja la imagen prototípica de la bruja Disney. Datan su nacimiento en el año 1713 en Palermo, cuando es virrey de Sicilia el noble extremeño Domenico A. Caracciolo, nacido en Malpartida de la Serena (Badajoz). En Palermo crece llamándose Anna Panto, antes de casarse con Vincenzo Bonanno, de quien toma el nombre con el que pasa a la historia criminal.

Su fama la reviste de bruja y envenenadora, oficios en los que se gana el apodo de «la vieja del vinagre» —*La vecchia dell'aceto*—, que en realidad es una mezcla de vino blanco, arsénico y vinagre para piojos. Ella lo llama «el licor de vinagre arcano», cuya principal virtud consiste en no ser detectable con facilidad.

Esta mendiga pertenece a la escuela de empozoñadoras rumanas y húngaras que hacen negocio de la misandria y del odio al hombre, como confiesa durante su juicio. Vende sus venenos a las mujeres que desean deshacerse de sus maridos rijosos, a esposas con amantes montaraces o hartas de sus varones oficiales. Primero los enferma con el vinagre, luego los hospitaliza para rematarlos sin que la medicina averigüe nunca cómo.

Una tal Maria Pitarra, compinche de Giovanna y vendedora también del bebiestro, averigua que la siguiente víctima será el hijo de otra conocida y decide advertir a la madre, lo que provoca la detención de Giovanna cuando llega a esa casa portando la cesta con el pedido mortal. El juicio por brujería comienza diez meses antes de su ejecución por ahorcamiento el 30 de julio de 1789. Los boticarios que venden sus pociones también pasan un mal trago.

El arsénico pierde impunidad
Sophie Ursinus (Alemania, 1803)

Tóxicas precoces

Sophie Charlotte Elizabeth Weingarten nace en el año 1760 en Glatz, la actual Kłodzko, una ciudad de la Baja Silesia (Prusia). Es hija del secretario de la legación austríaca y, cuando su padre deja de serlo, a los diecinueve años, se casa con el consejero de la Corte Suprema, Theodor Ursinus, que ya peina canas y camina corvo. La boda, con cero amor de por medio, es fruto de los celestineos paternos, convencido de que es una unión de mucho futuro por los pingües caudales que hay en juego, al pensar el ladrón...

Hasta 1792 vive con este hombre en Stendal y luego, en Berlín. Los primeros pasos del matrimonio conducen a la situación que está anunciada de antemano, o sea, a que la muchacha sacie su pasión sexual con otro hombre más fogoso que su rengo marido, quien resulta ser un bizarro oficial holandés llamado Rogay, el cual comparte edad y aficiones horizontales con la joven señora de Ursinus. Quienes lo saben aseguran que esos amores son consentidos por el consejero, que ya no está para competir ni con militares garbosos ni con civiles desaliñados. Su mujer deja Berlín y regresa tres años antes de fenecer Ursinus, precisamente cuando su aventura acaba con la muerte de Rogay, después de que el holandés ingiera ciertas sustancias contraproducentes para la salud. Se achaca a la tuberculosis, pero la peste blanca no tiene arte ni parte en el deceso. Antes de que el oficial fallezca, Sophie compra cierta cantidad de régulo de arsénico, que también es blanco y más manejable.

Su compañero de cama legal se derrumba como las torres gemelas el 11-S de 1800, el día siguiente al de su cumpleaños. Sophie es la principal sospechosa de su intoxicación, pues no avisa a ningún médico y le suministra un remedio que sólo empeora su estado. Ya en el siglo XIX, el 13 de enero de 1801, muere la tía de Sophie, Christina Witte, soltera y ricachona.

El ingenuo oficial Rogay piensa dejarla plantada por otra mujer y eso le disgusta sobremedida. En los otros dos casos, los motivos son de índole monetaria y hereditaria. Pero la excepción a tan exitoso plan

de fumigación se llama Benjamin Klein, un apuesto sirviente que conoce los crímenes de la mujer al detalle.

Pero, al sospechar Sophie que Klein también tiene en mente cambiar de aires, comienza a dosificarle el veneno empleado con las tres víctimas anteriores. A finales de febrero de 1803, Benjamin enferma tras una acalorada discusión. Sophie le suministra un emético y luego un sopicaldo, que de nuevo lo empeora. Cuando llega a su lecho con unas ciruelas bermellonas, Benjamin las esconde y las hace examinar en secreto por un químico, quien confirma la presencia del «rey de los venenos». Una vez a salvo, Klein va con el cuento a la policía.

Los agentes visitan la villa de Sophie, cerca de Berlín, y la sorprenden en plena partida de *whist*, una modalidad de naipes, cuando está a punto de lograr un *grand slam*. La mujer admite haber intentado envenenar a Klein y le concede una generosa pensión para que se retracte, pero la acusación se mantiene.

Se exhuma el cuerpo de Ursinus sin que los forenses Martin Heinrich Klaproth y su asistente, Valentin Rose, puedan confirmar el envenenamiento. La sospecha viaja sin pruebas, pero se mantiene. El estado de los órganos y la contracción convulsiva de las extremidades señalan que se usa ese tósigo, pero no se puede probar. Cuando sea acusada de asesinar a su tía, ya no habrá dudas.

El juicio por asesinato termina el 12 de septiembre de 1803. Encuentran a Sophie convicta de apiolar a su tía, la solterona Christina Witte, y de haberlo intentado con Klein. La condena es a cadena perpetua.

A raíz de los trabajos del asistente Valentin Rose, ya citado, el químico James Marsh desarrolla en 1836 la llamada «prueba de Marsh», un método eficaz para la detección del régulo, que pasa por su reducción a una fina capa en estado metálico. Marsh coloca la muestra en un recipiente, le añade ácido sulfúrico y cinc, y así obtiene un gas llamado arsina, que es un hidruro de arsénico. El primero de los caballeros ponzoñosos pierde impunidad ante la justicia, aunque todavía le quedan largos años de mandato.

Trasladada a la prisión de Glatz, en la frontera con Silesia, Sophie es alojada en una cómoda *suite*, dentro de las habitaciones reservadas para el director del penal. Dispone de muebles lujosos y de criados que sir-

ven las cenas ofrecidas con frecuencia, merced al patrimonio de su esposo y a la herencia de tía Christina, cuyo disfrute le autorizan. Después de treinta años de reclusión, es indultada en 1833 y se reincorpora a la alta sociedad de Glatz hasta su muerte, el 4 de abril de 1836.

Su entierro es de gran pompa y circunstancia, con la actuación de un coro de preciosos niños y una gran cantidad de clérigos que agradecen así su generosidad. Nadie recuerda a sus víctimas en las honras fúnebres.

La bruja espiritista de Yorkshire Mary Bateman (Inglaterra, 1808)

Dueñas de los secretos

Mary Harker, llamada «la bruja de Yorkshire», nace en Asenby en 1768, hija de unos granjeros muy respetados. Tras una temporada como criada ajena, a los doce años ya goza de fama holgada como ladrona, estafadora y embaucadora por convencer a los más crédulos de poseer dones mágicos y sobrenaturales. Años más tarde, los vecinos de Leeds la reconocen como adivina, pues les receta pociones medicinales y otras que son protectoras contra los malos espíritus.

Después de breves amoríos, Mary se casa a los veinticuatro años con John Bateman, que cae bajo su hechizo y a quien ordena que se muden constantemente de lugar por miedo a ser detenida. Cuando en un incendio fallecen varios trabajadores, Mary va puerta por puerta solicitando ayudas para sus familias, aunque es ella quien se queda con la recaudación.

El episodio de la gallina profeta de Leeds es uno de sus embustes más simpáticos. En 1806 les hace creer que es inminente el fin del mundo, pues una gallina suya pone huevos con la frase *Christ is coming* («Cristo viene») grabada en sus cáscaras. El truco no tiene misterio, pues es Mary quien la escribe con vinagre en cada huevo, antes de reinsertarlo en el oviducto del animal.

En 1799 establece su residencia en Marsh Lane, cerca de Timble Bridge, en Leeds, y se gana la vida con la adivinación y la venta de amuletos. A tal fin modifica su voz para hacerla más cavernosa, lo que atrae

a docenas de panolis cada día. Su esposo regresa del ejército y disfruta de esas ganancias, pero volverá a la milicia suplementaria, enloquecido por sus trucos. Es procesada en York el 18 de marzo de 1809 por el asesinato intencionado de la señora Perigo, de Bramley.

Veamos. En la primavera de 1806, Rebecca Perigo, vecina de Bramley, a poca distancia de Leeds, sufre unas palpitaciones en el pecho cada vez que se encama. Un curandero le diagnostica que se encuentra bajo influencias malignas y que debe recurrir a la brujería, no a él. Se ve que es torpe, pero honrado.

En esos días recibe la visita de su sobrina, una mocita llamada Stead, que lamenta sus malestares y le recomienda consultar con Mary, una bruja con poderes para deshacer encantos diabólicos. Stead es comisionada para acercarse a Black Dog Yard, donde Mary le ordena que le lleve una falda de franela o alguna prenda que Rebecca use en contacto con su piel, como así hace. Ella lo consultará con una médium.

Éstas son las instrucciones sobre cómo proceder. Deben coser cuatro bolsas mágicas con oro en las cuatro esquinas de la cama donde duerme la enferma, lo cual tiene una tarifa de cuatro guineas. Allí permanecerán las talegas año y medio. Hay que ser muy estricto en cada paso. Por ejemplo, al clavar dos herraduras en la puerta, siguiendo un procedimiento especial, o en la compra de un queso de seis u ocho libras, que le entregará con media docena de piezas de porcelana, tres cucharas de plata, dos libras de azúcar de pan, media libra de té y un bote donde ponerlo. «De lo contrario, no servirá, no quiero beber de mi propia porcelana. Debes quemar esto con una vela», le dice la supuesta médium a los Perigo a través de Mary.

Ítem más: un colchón de campamento, ropa de cama, manta, un par de sábanas y un cojín largo que debe proceder de su casa. Cada nota escrita acaba con la recomendación de quemar el papel para eliminar pruebas. Como en *Misión imposible*.

A continuación, le ordena comer un *pudding* durante seis días, al que se debe «poner lo que le envié a Mary Bateman». Se refiere a un polvo blanco, calomelano o cloruro de mercurio. Y añade: «Si alguna vez te encuentras enferma, debes tomar una cucharadita de esta miel». El matrimonio sigue obediente todo lo que se les dice. Durante cinco días

lo toman con agrado, pero luego se marean y sólo pueden tragar dos bocados. Al llegar los vómitos, recurren a la miel, como también se les ha indicado, pero la enfermedad avanza sin que avisen a un médico, prevención anticipada por Mary. Ella insiste en tomar la miel, y las fuerzas la abandonan para morir el 24 de mayo. En sus últimas palabras pide a su esposo que no sea «imprudente» con Mary Bateman, y que espere el plazo señalado.

Después llaman al cirujano Chorley, y éste expresa su firme convicción de que ha sido envenenada. Por si fuera poco, un gato de siete vidas pierde la última tras probar el *pudding* trufado de polvillo, pero, con todo y eso, Perigo permanece mucho tiempo en comunicación con Mary. Al comunicarle la muerte de su esposa, ésta le explica que ha ocurrido por comer toda la miel a la vez.

Dos años después de haber comenzado el embuste, Perigo abre las bolsitas cosidas a la cama y, al comprobar que el oro se ha convertido en hojas de repollo podridas y recortes de bagatelas, pierde su fe en Mary, que es detenida y procesada. Trata de responsabilizar a la imaginaria señora Blythe, pero la engañifa ya no cuela. Docenas de testigos la acusan de fraude, extorsión, aborto y asesinato.

Las evidencias la condenan, y su defensa se limita a negar los hechos. «Es imposible —dice el juez— no sorprenderse ante la extraordinaria credulidad de William Perigo, que ni la pérdida de su propiedad, ni la muerte de su esposa, ni sus propios sufrimientos, pudieron disipar». El jurado concluye muy rápido la responsabilidad de Mary, y el juez dicta sentencia de muerte con un breve y lapidario discurso que comienza diciendo: «Mary Bateman, has sido declarada culpable de asesinato voluntario por la fuerza de la evidencia. Sólo me queda cumplir con mi triste deber al transmitirte la terrible sentencia de la ley. Acosada por el largo detalle de tus crímenes, al escuchar los sufrimientos que has ocasionado, no deseo aumentar tu angustia diciendo más de lo necesario. De tu falta no puede quedar en nadie una partícula de duda...».

Alega que está embarazada de veintidós semanas, por lo que el juez ordena al *sheriff* que forme un jurado de matronas, lo que genera una consternación general entre las damas presentes, que se apresuran a escapar para no ser elegidas. El juez ordena cerrar las puertas y que se for-

me un cóncave de doce mujeres casadas para certificar la existencia de un embarazo. Si así fuese, la ejecución debería demorarse.

El reverendo George Brown trata de que confiese sus crímenes, sin lograrlo. El día anterior a su ejecución, escribe una carta a su esposo para adjuntarle el anillo de matrimonio con destino a su hija. Admite haber cometido muchos fraudes, pero no la muerte de los Perigo.

Mientras espera su cita con la horca, no resiste la tentación y estafa a otros presos con promesas de indulto. A las cinco en punto de la mañana del lunes 20 de marzo de 1809, recibe la comunión con los prisioneros que serán ejecutados ese día, pero todos los intentos para que reconozca la sentencia resultan inútiles. Se despide del bebé, que duerme en su celda, y es conducida al patíbulo.

Una chusma la recibe entre murmullos de mirones. Los crédulos esperan que cuando se tense la cuerda desaparezca en el aire gracias a sus poderes sobrenaturales, pero, claro, la mujer sólo pende. Al tiempo, dos mil quinientos vecinos de Leeds pagan tres peniques de entrada para ver su cuerpo de regreso a la ciudad. Allí se entretienen con malabaristas y bien surtidos de viandas que adquieren a los tenderos ambulantes.

A medianoche llega el coche fúnebre, y se forman colas para que pase el cadáver cuando es conducido al Hospital General de Leeds, donde será troceado. Esa institución médica no sólo se beneficia con el examen de su anatomía, sino que también engrosa sus arcas con la entrada por ver su torso. Como es habitual, después de la disección, el cadáver de Mary es desollado y, tras ser raspado y bronceado, se vende en briznas como recuerdo para los coleccionistas, o como amuletos de carne humana contra los malos espíritus.

El esqueleto de Mary Bateman se exhibe al público en el Museo Médico Thackray, en Leeds, hasta 2015. En el programa *The People Detective* de la BBC dedicado a ella, con intervención de una descendiente suya llamada Tracy Whitaker, se escanea su cráneo para indagar sobre su posible rostro.